

# LA FAMILIA

PERIÓDICO QUINCENAL ILUSTRADO, DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MODAS I CONOCIMIENTOS ÚTILES

PUBLICADO BAJO LA DIRECCION DE LA SEÑORA CELESTE J. DE CRUZ-COKE

AÑO I

SANTIAGO DE CHILE, 15 DE AGOSTO DE 1890

NÚM. 1



"LA PERLA" DE RAFAEL

## LA FAMILIA

SANTIAGO, 15 DE AGOSTO DE 1890

SUMARIO.—NUESTRA PRIMERA PALABRA, por La Redaccion.—NUESTRO GRABADO.—CARTA PARIENSE, por Ambrosina C.—UNA REPRESENTACION EN PROVINCIA, por Juan Marsella.—SOBRE PERFUMES, por De Bertall.—CARTAS JAPONESAS, por El Conde Tchl.—ECONOMIA DOMESTICA.—VARIETADES.—CONSULTAS.—CONDICIONES DE SUSCRICION.

## NUESTRA PRIMERA PALABRA

Desde tiempo atras veníamos acariaciando la idea de emprender una publicacion periódica que, separándose un poco del rumbo seguido por los demas órganos de la prensa diaria, llevase al seno del hogar doméstico informaciones útiles, relativas a todos los ramos de la actividad de la familia, lecturas amenas i variadas que abracen el campo casi ilimitado de las especulaciones intelectuales, problemas i recreaciones científicas destinadas a desarrollar el gusto por los trabajos del espíritu, un contingente, en fin, de conocimientos, que pudiese ocupar de una manera ya útil, ya agradable, provechosa siempre, las horas de solaz de los que viven unidos bajo un mismo techo i unidos se sientan a una misma mesa.

LA FAMILIA es el comienzo de la realizacion de ese propósito. Decimos el comienzo, porque, mediante el favor que esperamos merecer del público, nuestra publicacion tomará un mayor desarrollo i llegará a publicarse semanalmente.

En sus columnas tendrán cabida artículos literarios, científicos, revistas de modas, estudios relativos a la economía doméstica i, en una palabra, todo aquello que creamos de interes i utilidad para las personas amantes de las letras. Contamos, para cumplir este programa, con un escogido personal de redactores i algunas personas, cuyos nombres son conocidos en nuestro mundo literario, que han tenido la amabilidad de aceptar un puesto entre nuestros colaboradores. I a este propósito, debemos decir que LA FAMILIA pone, desde luego, sus columnas a disposición de las personas que, en lo sucesivo, quieran favorecernos con su colaboracion.

En cada número de LA FAMILIA daremos cabida a una lámina grabada en madera, i, mientras nos llegan las ilustraciones especiales que hemos encargado a Europa, utilizaremos los elementos mas escogidos que en este ramo posee nuestra imprenta.

Nuestro deseo es que LA FAMILIA vaya a todos los hogares; i es para contribuir a ese fin que hemos fijado un precio de suscripcion que está al alcance de todas las fortunas.

LA REDACCION

## NUESTRO GRABADO

«LA PERLA» DE RAFAEL

La lámina con que adornamos el presente número, es una reproduccion del célebre cuadro de Rafael denominado *La Perla*, existente hoi en el Museo del Prado, Madrid.

Fué adquirida a principios del siglo XVII, para el rei de España don Felipe IV, por el embajador de este monarca

en Lóndres, don Alonso de Cárdenas, cuando se vendieron en subasta pública las curiosidades artísticas del desgracia do Carlos I, entre las cuales figuraba aquella obra.

El nombre de *La Perla* le fué dado por el rei español, que, entusiasmado, exclamó, al contemplarla por primera vez: *Hé aquí la perla de mis cuadros*.

Segun opinion jeneralmente sustentada, *La Perla* es la composicion mas notable del inmortal pintor de Urbino.

## CARTA PARIENSE

Ofrecemos a los lectores de LA FAMILIA una carta sobre modas, escrita por una amiga nuestra que ha vivido en Santiago hasta hace poco tiempo, residente ahora en Paris, i que ha querido encargarse de enviar a nuestro periódico una revista cada quincena.

Paris, 28 de junio de 1890.

Querida amiga:

¡Con cuánto placer te escribo mi segunda carta! Escribir para Chile, es para mí sustraerme, siquiera por breves instantes, al murmullo aterrador de la vida ajitada de este mundo parisiense; cerrar los ojos a la vista de la multitud elegante i abismada que se pasea en procesion interminable por los bulevares, los lujosos trenes que llevan al bosque de Boulogne, a los concursos hípicas i a todas partes, lo que hai de mas elegante de nuestro *monde*; cerrar los oídos i los ojos a todo este encanto que seduce, que turba i que marea, para volar con la imaginacion a ese rincón privilegiado de la tierra, contemplar sus cordilleras tan arrogantes, su alameda sencilla, de aspecto severo e imponente, su cerrito, esa jardinera suspendida en una de las ventanas de Santiago, que tan a nuestro sabor contemplábamos desde el balcon de tu elegante casita de la calle de San Isidro.

Créeme, querida amiga, que hai momentos en que tengo la nostalgia de Chile, acordándome de la Quinta, del Parque Cousiño, del Municipal, del paseo por los portales, que contemplo a traves de la distancia con todos los atractivos que hasta ayer me brindaran. Esto parece, a primera vista, un contrasentido, porque es sabido que aquí tenemos sitios mas hermosos que los que te he enumerado, pero tú seguramente lo encontrarás razonable si te pones en mi lugar i consideras que allá he pasado mis mejores años, allá tengo todas mis amigas, allá nacieron mi Juan i mi Luisita... El cementerio del Père Lachaise contiene tumbas mui famosas, mui lindas, pero el de Santiago, presta cariñosa hospitalidad a los despojos de un sér cuyo recuerdo me es mui querido... ¡Tú sabes!

Escusarás, querida amiga, que sin saber cómo me haya dejado arrastrar por la corriente de mis impresiones i no te haya dicho todavia una palabra de modas, que es el objeto de mi correspondencia.

Debo prevenirte que me he ocupado concienzudamente de ellas, i si no consigo hacerte una reseña que satisfaga a tus lectoras, culpese a mi falta de talento i no de dilijencia. Es en los concursos hípicas i en los teatros en donde pueden verse las grandes *toilettes*, i te aseguro que cuando he estado en Longchamps o en la Grande Ópera, me he preocupado mas de hacer la revista de los trajes que de los caballos ganadores o de la representacion; i a la verdad que me siento llena de confusiones al abordar la parte técnica de esta revista.

La moda, esa primavera ficticia, esa hada caprichosa, fénix que cada año renace de sus cenizas, parece que este año tratase de desconcertar todas las previsiones. He visitado los salones del *Louvre*, del *Bon Marché*; he leído las revistas, consultado los figurines, i he llegado a adquirir el convencimiento de que es mui difícil concebir de una manera exacta las leyes que actualmente rijen la moda. Al presente es imposible

hacer converjer todos los detalles del traje a tipos únicos que lo representen, i fuera de los cuales no hai salvacion. Antes, la modista nos imponia un color, un corpiño, una manteleta, un solo patron de sombrero.

Ya pasaron esos tiempos: ya no se acepta un solo color en detrimento de todos los otros; los sombreros no están sometidos todos a la misma forma ni son hechos en el mismo molde; los vestidos difieren segun su empleo. En una palabra, la divisa de la moda, que era antes «uniformidad», es ahora «diversidad», es decir, todo lo contrario.

Los sombreros se usan inmensos, chicos, regulares; suntuosos, sencillos; una paja de fantasía con dos varas de cinta, un jardín ambulante, una coleccion de plumas i cintas, tantas cuantas el sombrero puede soportar encima. Las capotas se usan siempre chicas este verano, pero completamente cubiertas de flores.

Para traje elegante de recepcion, teatro o concierto, se usa el paño blanco, fino, delgado, labrado de oro i a veces adornado con *marta-zibélina*.

En los bailes de primavera, las niñas i señoras jóvenes han sacado un gran partido del tul bordado con grandes lunares, confeccionándose bonitos trajes. Una combinacion graciosa es la que forma la falda de tul, puesta sobre un trasparente de seda blanca; el corpiño, escotado, de seda rosada, se abre desde el hombro hasta el talle sobre una *draperie* cruzada, hecha con el mismo tul de la falda; por detras, la misma abertura del corpiño i una *draperie* igual; las mangas, esponjadas (*bouffantes*), de tul, que van a concluir en un triple sesgo de seda rosada, recojido rosado sobre cada hombro.

En este verano se usan muchos trajes con adornos de bordados blanco i crudo. Su hechura varia mucho: vestido derecho; corpiño cerrado, fruncido; pollera un poco *drapée*; plastron, puños i cintura, de terciopelo berenjena, heliotropo, rosado marchito, verde antiguo o azul crudo; a veces, cintas angostas de terciopelo puestas en el contorno inferior de la pollera. Estos vestidos se podrán llevar en cualquiera circunstancia i por personas de toda edad.

Los tejidos impresos de telas de *Gien*, *Nevers* o japonesas de dos matices, uno para el fondo i el otro de varios tonos, serán empleados lo mismo que las telas escocesas con jénero de un color del mismo matiz que el fondo.

Descendiendo a algunos detalles, niños, si quieres, pero dignos de ser anotados, te diré que el largo de los vestidos debe ser tal que por delante deje ver la estremidad del calzado; para la calle se usa el vestido redondo i el de media cola para las visitas. La pollera jeneralmente adoptada tiene tres metros ochenta a cuatro metros de ruedo; está enteramente cargada por atras, donde forma pliegues en abanico, salvo un pliegue de dos a tres centímetros, colocado al lado de la cadera por detras. Las mangas nuevas, anchas en la parte superior, van estrechándose en forma de huso hácia el puño. Los hombros llevan la ya lejendaria *cresta* de la cual parecen, al presente, no poder prescindir. Se me figura, mi querida amiga, que estas crestas fueron inventadas por alguna elegante mal conformada, de hombros levantados i salientes. Gracias a ellas, todas las niñas tienen el aire de coquetones avestruces moviendo las alas.

En cuanto al peinado, volvemos al dominio de la fantasía: la frente despejada en el centro, coronada por un penacho Luis XV, sobre el cual se coloca el pelo, que ha sido rizado primero. Ayer tuve el gusto de admirar a una encantadora niña peinada por este estilo. Su pelo de azabache, arreglado de esta manera, servia de marco a un hermoso rostro iluminado por dos ojos negros, debajo del pedazo de frente que quedaba descubierto. Esa niña, a quien no conozco, llamó mi atencion porque tiene el mismo tipo de las donairosas santiaquinas que pasean en las noches de in-

vierno dentro del pasaje Matte i toman el fresco en las tardes estivales al rededor del jardín de la plaza de Armas.

Me he estendido tal vez demasiado, i como quiero reservar algo para contarte en el próximo correo, pongo aquí punto final a mi correspondencia.

Estoi impaciente por recibir los primeros números de LA FAMILIA que, segun me has dicho, será el nombre que ha de llevar tu periódico, i aprovecho una vez mas la oportunidad para desearte un gran número de abonados i larga vida.

Hasta el próximo vapor se despide tu afectísima amiga i corresponsala.

AMBROSINA C.

## UNA REPRESENTACION EN PROVINCIA

—Papá, esta noche hai circo.

—¿Hai circo? Pues iremos, muchacho, contestó mi padre con gravedad.

¡Oh dicha largo tiempo esperada! ¡oh gloria sin igual para las seis primaveras que descansaban sobre mis débiles hombros de niño! Es decir, que dentro de breves horas iba a contemplar de cerca esos prodijios del arte humano, que con tan vivos colores me describia mi padre durante nuestras veladas íntimas de invierno.

El hombre-mosca, el traga-sables, que tan pronto se come una espada como una bayoneta, i hasta un fusil entero; el bailarín en la cuerda floja, la sílfide vaporosa que, envuelta en una nube de gasa, sigue en el aire, tocando apenas la silla, la vertiginosa carrera del caballo; el hércules de acerados músculos que levanta diez cristianos con el dedo meñique i, sobre todo, el payaso, el divino payaso, que lo deja a uno muerto de risa a cada jesto...

\* \*

—¡Oh papá, oh papá!

A pesar de mis cortos años, yo me iba poniendo incrédulo tocante a la realidad de tan estupendas maravillas. Mi padre tenia fama de narrador sin segundo, i... a veces, me parecia imposible que no exajerase un poco.

Pero hoi se desvanecian todas mis dudas. Habia visto con mis propios ojos el flamante cartel que, en fantástica ortografía, anunciaba todas aquellas grandezas i... muchas otras mas.

La idea de estar tan próximo a la realizacion de mis mas caros deseos, me trastornó de tal manera el juicio, que me eché a correr por toda la casa desahoradamente, dando descomunales brincos, i, como tropezase con un soberbio pótro de carton, obra maestra de juguetería, regalo de mi cumpleaños, le enderecé con la punta del zapato tan irresistible golpe, que el pobre animal fué a dar al medio del patio, con el arma mortífera ensartada en el vientre.

Al rumor producido por mis proezas, salieron asustadas al balcon (vivíamos a la fecha en casa de altos) mi dulce madre i mis dos excelentes tias, quienes exclamaron a un tiempo:

—¿Te has vuelto loco, Juanito?

\* \*

Profesaba yo a mi madre una idolatría que rayaba en delirio i una veneracion solo a la que por Dios se tiene, comparable. Era una criatura perfecta, tanto en lo moral como en lo físico, i así lo comprendió ¡pobre de mí! el Hacedor Supremo, llamándola a su lado en la primavera de la vida, para aumentar el brillo i la magnificencia de su trono.

Mis dos tias eran almas gemelas, encerradas en cuerpos esencialmente distintos. Mi tia grande (la llamaba yo así por tener ella mas años) parecia una miniatura antigua, delgada, blanca, suave como una azucena. Su complexion delicada i pálido semblante, bajo la cabellera mas negra que ala de cuervo formaban singular contraste con la tez de rosa, los cabellos de oro, i la roza,

gante figura de su hermana menor, la tía chica...

¿Dónde estais ahora, dónde estais, seres queridos, cuyo tránsito por esta selva de amarguras fué brillante i fugaz como, en los dilatados campos del espacio, el de un meteoro de fuego, i cuya ausencia dejó en mi corazón un vacío que toda la gloria, todas las grandezas de la tierra, no serian capaces de llenar?... Vuestros despojos santos duermen tranquilos en la inviolable paz de los sepulcros; ¡aquí en mi pecho, junto con las palpitaciones de mi sér, vive i late sin cesar vuestra memoria! ¿Dónde estais?

\*  
\* \*

—¿Me pongo la faja lacre, mamá?  
—¿Para qué, niño?

—Para que no me duela el estómago.

Me parecia prudente precaver los efectos de las gracias del payaso.

Mi ocurrencia hizo reír a los tres ángeles que me rodeaban.

Al traves de muchos lustros esa risa repercute aun, con su prístina pureza, en mis oídos. Nadie ha vuelto a reír así.

Miéntras mi madre, delante del espejo, colocaba en su linda cabeza una flor natural, mis dos tías, ya dispuestas para salir, me ayudaron a ponerme la salvadora faja.

Descendimos, despues, todos, al salón, donde se encontraban algunos de nuestros parientes, i el gobernador con su señora i su chiquitín, Peyuco, grande amigo mio...

I tú, Peyuco ¿dónde estás? ¿Eres ya receptor o siquiera tinterillo? Recuerdo que cuando muchacho eras un imbécil; no teniendo capacidad para ser nada, nadie con mas derecho que tú para pretender a serlo todo.

Aquellas personas se habian reunido en nuestra casa porque, siendo el local del circo una sala improvisada, era preciso (¡conmovedora costumbre que aun rije!), que cada cual llevase allí su asiento, i nuestra habitación, por su proximidad al lugar del espectáculo, prestaba mayores facilidades para llenar aquel requisito.

\*  
\* \*

En fin, ha llegado la hora solemne. Nuestra impaciencia, es decir, la de Peyuco i la mia, no conoce límites.

Para abreviar el intervalo de espera, nada se me ocurre de mas propicio que hacer a mi compañero una descripción anticipada de los esplendores de la fiesta.

El mozo marcha a vanguardia con una pirámide de sillas. Por lo demas, de todos los puntos del horizonte se ven aparecer pirámides análogas.

Detras del mozo, Peyuco i yo.

Detras de nosotros, en columna cerrada, mis padres, mis tías, mis parientes, el gobernador i consorte.

\*  
\* \*

—Como te iba diciendo, Peyuco, el célebre Mostaganem pide a la concurrencia un sable mas grande que el asta de bandera de la gobernación, i, como si fuese un trozo de caramelo, se lo engulle en un dos por tres...

Peyuco me interrumpe a cada paso con unos atronadores:

—¡Hola-la!

—... en un dos por tres. I como si esto fuera poco, se traga enseguida un brasero lleno de fuego...

—¿De fuego prendido?

—Prendido, claro está. Si no estuviera prendido no sería fuego.

—¡Caramba! esclama Peyuco.

I luego agrega con profunda convicción:

—¡Yo no me tragaria el brasero!

Ya ven mis lectores que no calumniaba a Peyuco cuando le atribuía disposiciones para ser un hombre eminente.

—I despues, el renombrado Colimbras...

\*  
\* \*

El circo se hallaba instalado en un gran patio rodeado de habitaciones i cubierto, para la circunstancia, con un toldo de lona. Allegada a las paredes, una triple hilera de cajones vacíos de dimensiones diversas.

Un poste plantado en medio de la arena i provisto de un centenar de velas de sebo, encendidas, dispensaba a la sala débil claridad.

Confieso que el aspecto tenebroso del recinto destruyó en parte mis anticipaciones de alegría; mas, reanimóse mi espíritu cuando estallaron de repente los acordes de la canción nacional, atacada con brío por la banda de músicos, en homenaje a la presencia del gobernador, que entraba en ese instante.

Concluido el patriótico canto, apagados los entusiasmas vivas i clamores de la apiñada muchedumbre, siguióse un penoso intervalo de veinte minutos mas o ménos.

El «célebre Mostaganem,» que figuraba en el primer número del programa, se hacia esperar de una manera insolente.

No hallando yo otra cosa que hacer, se me ocurrió echar una mirada indiscreta hacia el interior de una ventana, junto a la cual me hallaba sentado. Estaba entreabierto el postigo protector, así es que, a la tenue luz de una lámpara colocada sobre una cómoda, pude ver a un caballero de edad madura, cuyo traje hizo estallar en mi pecho bulliciosa carcajada. Perdióse ésta en medio de los rumores cada vez mas pronunciados con que se desahogaba la impaciencia del respetable público, pero Peyuco la oyó mui bien, i no tardó en ser presa de la misma curiosidad que yo.

El caballero del cuarto vestía unos calzoncillos ajustados, de color rojo chillón, i una camiseta del mismo matiz; coronaba al propio tiempo su cabeza, fenomenal gorro blanco, lo cual constituía para nosotros un conjunto extraordinariamente divertido.

El resultado fué que se enfermó Peyuco de tanto reír, i que me habria sucedido lo mismo a no ser por la faja bienhechora que protejía mi estómago.

\*  
\* \*

Entretanto, el público se amostazaba mas i mas.

—¡Que salga, que salga! vociferaban unos.

—¡Una zamacueca! que toquen una zamacueca! gritaban otros.

I acompañaban las exclamaciones con estudiantes silbidos i golpes violentos en los cajones.

La banda ejecutó la zamacueca pedida, con lo cual se restableció el silencio.

De todos modos, la representación se desarrollaba con lentitud desesperante. Eran las nueve i media de la noche, i Mostaganem no salía.

Por fin, apareció el payaso, vestido exactamente segun el concepto que yo tenia formado acerca del traje de esos artistas.

\*  
\* \*

Las velas chisporroteaban tristemente en sus candelas de hojalata. Algunas se habian extinguido de puro aburrimiento, i las demas alumbraban tan poco, que la concurrencia mas parecia asamblea fantástica de sombras, que reunión de entes vivos.

Habló el payaso i dijo:

—Respetable púb....

Un huevo disparado con mano certera por algun chusco de la galería, fué a hacerse trizas en el ojo izquierdo del desventurado saltimbaquí.

Éste, entónces, cegado por la colera (i el huevo) lanzó al respetable púb... un estruendoso juramento e hizo ademán de recoger algun proyectil con que devolver ofensa por ofensa. Por fortuna no halló nada, i sintiéndose impotente para sostener un combate tan desigual, resolvió retirarse, lo que hizo mostrando el puño i enjugándose el ojo con el reverso de la manga.

Maldije, allá en mis adentros, la pre-

cipitación del que disparó el huevo. Bien pudo esperar ese prójimo que el payaso hiciese su comunicación al público, comunicación importante, a no dudarlo.

Mi interés, primitivamente dirigido hacia las deslumbradoras promesas del programa, habia cambiado de rumbo, i ahora seguía un derrotero extraño, indeciso, el derrotero que conduce a los graves i complicados problemas... la noción del derecho i de la fuerza, la indole del populacho, las pasiones que hierven i fermentan en el seno de las muchedumbres...

\*  
\* \*

A los pocos instantes volvió a salir el payaso, cabalgando en un miserable rocín, mui engalanado con cintas multicolores.

¿Era ese todo el elenco de la gran compañía?

—¡Vé! gritó un pilluelo, *es el chuzo de don Cir!*

—¿Onde, onde?

—*Velai, ta lí!*, repuso el pilluelo. *Es el mesmo, no lo he de conocer, pu!*

—*De veritas, hó, que es el chuzo de don Cir!*

—¡Fuera, fuera!

—¡Que lo lleven preso!

—¡Bravo, mui bien! esc'amaban irónicamente unos pocos.

El caballo, asustado por el tumulto, se echó a correr en todo sentido, arrojó al suelo a su jinete, se detuvo por último en medio del circo, dió un par de coces al aire, i en vez de entrar a bastidores, se zafó puerta afuera, atropellando a varias personas, miéntas se oía ensordecedora gritería de

—¡Atájenlo, atájenlo!... ¡Ese sí que es artista!... ¡Bravo, mui bien!... Es lo mejor que hemos visto!... ¡Otro, otro!... ¡Que se repita!... ¡Yo no me opongo!... Ni yo! Ni yo!

\*  
\* \*

La parte respetable de la concurrencia juzgó oportuno retirarse.

Un sentimiento de profunda tristeza se apoderó de mí al abandonar aquel asiento, donde pensaba experimentar tanto regocijo, i que solo fué testigo de mi confusión i mi pesar.

Cabizbajo i meditabundo regresé a mi casa, al lado de mis padres i mis tías, que caminaban en silencio.

Al día siguiente me preguntó mi padre:

—¿Te ha gustado el circo?

—Sí, papá.

—Figurate que esos bárbaros han roto media docena de nuestras sillas. Al salir la función, se formó un grande alboroto, i el pueblo hizo pedazos sillas, cajones i hasta los vidrios de las ventanas.

\*  
\* \*

I todo ese día me lo llevé pensando que habia una gran distancia de lo ideal a lo real, que el pueblo amaba la destrucción como nosotros los niños, i que la nota cómica de la vida suele encontrarse donde ménos se piensa, acaso en algun respetable viejo, de peto i calzoncillos rojos, i blanco gorro de dormir.

JUAN MARSELLA

## SOBRE PERFUMES

¿Cuál de mis amables lectoras no sabe apreciar en lo que vale el perfume de las violetas i de los juncos? Todas o casi todas, la mayor parte seguramente, mantienen en la repisa de la chimenea o en su mesa de costura un *bouquet* de esas hermosas compañeras de la vida, que embalsaman la estancia suave i agradablemente.

¿A quién no agradan, a su tiempo, se entiende, las variadísimas esencias que llenan los estantes de las perfumerías?

¿Quién no ha aspirado con delicia al saborear una piña, un plátano o una chirimoya, el aroma delicado i esquisito que exhalan estas frutas tropicales?

A los hombres, pregunto, ¿cuántas veces no han pasado por descorteses a trueque de aspirar el incienso que quema un habano, un Ramon Allones o un triste cigarrillo de hoja?

Los vapores aperitivos que se ciernen a las diez de la mañana o a las seis de la tarde en los alrededores del comedor de un hotel, ¿no es verdad que también tienen su delicia i su encanto?

Al entrar en una confitería, el órgano nasal se siente vagamente acariciado por el olor de los barquillos, de los pasteles de hoja, de los caramelos de limón, de las pastillas de yerba-buena.

Pues bien; yo, humilde colaborador de LA FAMILIA, soi, al presente, víctima de una obsesión semejante a la del monólogo de Lespinasse, que representaba en el Municipal, apenas me acerco al Portal Fernández Concha, desde hace mas o ménos quince días.

Debo de haber experimentado algun extravío en mi órgano respectivo, pues se me antoja que el dicho portal huele pésimamente. He llegado a inferir que en esto hai una obsesión de mi parte, sin mas ayuda que un ligero raciocinio; i para que mis lectoras decidan en este grave asunto como árbitros arbitradores i amigables componedores, he iniciado esta digresión con la serie de preguntas a guisa de considerandos, i la concluiré con una plena prueba que abordo en el siguiente párrafo.

¿Qué hai en el Portal? Pues ¡veámoslo!

Desde luego, veinte jardines amenos ocupan los huecos que quedan vacíos entre uno i otro baratillo: violetas, juncos, botones de rosa, resedá, pensamientos: toda la variadísima flora chilena está allí constantemente representada.

Las perfumerías de Houssais i Paganí, de Röstel i otras, despiden de su interior bocanadas de esencias diversas que son un verdadero baño de aromas.

Los puestos de frutas tropicales hacen causa común con los mercados de flores, i si algun olor exhalan, no es seguramente desagradable.

Las cigarrerías de Runge, de López i las demas, exhalan de sus almacenes un olor franco, picante, acre si se quiere, agradable para los mas, indiferente para otros, pero que no es un olor dudoso o malo.

El olor del comedor del Hotel de Francia no es importuno sino cuando uno pasa por ahí inmediatamente despues de almorzar o de comer. I si es importuno, no es del todo abominable...

El Casino del Portal nos regala el aroma de sus confites i pasteles.

¿Qué mas hai en el Portal que pueda contribuir al mal olor?

Hai tiendas de trapos, un almacén de té, *dulche de Leropa, opa*, i, digámoslo también, tortillas de rescoldo, queso fresco, chancaca con nueces, *toute la lyre*.

Pero por mas que me devano los sesos, no atino cómo con todas estas cosas buenas se puede producir un olor tan endiablado; un olor que a tener forma sería mas feo que Picio; que a haber cien olores malos i se numeraran por orden sucesivo, le daría el número 98, o 99, o... 100; que a tener extensión se le juzgaría inconmensurable; que a tener volumen material, se le podría cortar a tajadas; un olor que si fuese susceptible de llevar vestidos, estaría como vino al mundo, es decir, completamente desnudo i con las manos en los bolsillos, como dicen.

¿Qué mas hai en el Portal?

No quedan sino las niñas i jóvenes que se pasean, víctimas de la misma obsesión que a mí me aflige.

Tengo para mí que las niñas están mui distantes de ser las causas de tal efecto. ¡Oh! las niñas, esos ángeles lanzados a la tierra a puñados por las manos perfumadas del Hacedor, divinas de hermosura, favorecidas con todas las gracias... es imposible. Aunque no es necesario, sin embargo, citaré en apoyo de mi afirmación el parecer de